

Merc. 17-XII -74

Mensaje del Papa Para el Año Santo



■ Fermentos de Infidelidad en la Iglesia Católica Tratan de Socavarla Desde Dentro

CIUDAD DEL VATICANO, 16 (AP).— El Papa Paulo VI hizo hoy una decidida invocación hacia la unidad y reconciliación en la Iglesia Católica. Reafirmó su autoridad contra los desafíos de aquéllos que, según expresó, estaban sembrando en la iglesia las semillas de la desintegración.

En una exhortación apostólica de 3.000 palabras a los obispos, clero y fieles, el Pontífice, de 77 años de edad, criticó a los clérigos disidentes que permanecen dentro de la iglesia para socavar su unidad desde el interior y situarse en oposición a la jerarquía.

El Papa Paulo también expresó su tristeza ante los sacerdotes que abandonaron el sacerdocio y renunciaron a sus vocaciones, causando trastornos a toda la comunidad e introduciendo teorías que son extrañas al espíritu de Cristo.

El Papa urgió a la amplia reconciliación con Dios, "y con nosotros", en armonía con el tema general para el Año Santo en 1975.

Pero aunque la Iglesia, por virtud del Espíritu Santo, se ha manifestado como esposa fiel de su Señor y nunca ha cesado de ser signo de salvación en el mundo, sabe, sin embargo, que no siempre, en el curso de su larga historia, todos sus miembros, clérigos o laicos, fueron fieles al Espíritu de Dios.

En realidad, ya desde los comienzos surgieron escisiones en ésta una y única Iglesia de Dios, reprobadas por el Apóstol como condenables. Cuando más tarde se verificaron las conocidas fracturas que no se supieron contener, la Iglesia superó la situación de discordia interna volviendo a afirmar claramente, como condición insustituible de comunión, aquellos que consentían mantener intacta su unidad constitutiva, y permitían manifestarla en la confesión de una sola fe, en la celebración común del culto divino, y en la concordia fraterna de la familia de Dios.

Pero igualmente peligrosos, tanto es así que reclaman esta clarificación y esta invitación a la unidad, son los fermentos de infidelidad al Espíritu Santo que aparecen acá y allá en la Iglesia, de nuestros días, y que por desgracia tratan de socavarla desde dentro. Promotores y víctimas de dicho proceso, en realidad poco numerosos en comparación con la inmensa mayoría de los fieles, pretenden permanecer en la Iglesia, con los mismos derechos y las mismas posibilidades de expresión y de acción de los demás, para atentar contra la unidad eclesial; y no queriendo reconocer en la Iglesia una única realidad que nace de un doble elemento humano y divino, análoga al misterio del Verbo encarnado, que la constituye aquí en la Tierra, comunidad de fe, esperanza y caridad, como una unidad visible, mediante la cual Cristo comunica la verdad y la gracia a todos, se oponen a la jerarquía, como si cada acto de esa oposición fuera un momento constitutivo de la verdad acerca de la Iglesia que hay que descubrir de nuevo como Cristo la habría fundado; ponen en entredicho la obligación de obedecer a la autoridad querida por el Redentor; levantan acusaciones contra los Pastores de la Iglesia, no tanto por lo que hacen o cómo lo hacen, sino sencillamente porque, como dicen, serían los guardianes de un sistema o aparato eclesiástico en oposición a la institución de Cristo; de este modo provocan desconcierto en toda la comunidad eclesial, introduciendo en ella el fruto de teorías dialécticas ajenas al Espíritu de Cristo.

Utilizando las palabras del Evangelio, alteran su significado. Nos observamos con pena este estado de cosas, por más que, como ya hemos dicho, es muy reducido en comparación con la gran masa de cristianos fieles, pero no podemos menos de oponernos, con el

Mensaje

(DE LA PRIMERA PAGINA)

mismo vigor de S. Pablo, a esta falta de lealtad y de justicia.

Hacemos un llamamiento a todos los cristianos de buena voluntad para que no se dejen impresionar o desorientar por las indebidas presiones de hermanos desgraciadamente desviados, y que no obstante siguen estando presentes en nuestras plegarias y cercanos a nuestro corazón.

Por lo que a nos se refiere, insistimos en el hecho de que la única iglesia de Cristo establecida y organizada en este mundo como una sociedad, subsiste en la Iglesia Católica, gobernada por el sucesor de Pedro y por los obispos en comunión con él, si bien fuera de su estructura se encuentran muchos elementos de santidad y verdad. Afirmamos también que estos pastores de la iglesia, que presiden el pueblo de Dios en su nombre, con la humildad de los siervos, pero también con la franqueza de los apóstoles de quienes son sucesores, tienen el derecho y el deber de proclamar:

Mientras... estamos al frente de esta sede, mientras presidimos, tenemos la autoridad y el poder, aunque seamos indignos.

El proceso que hemos descrito asume la forma de una disensión doctrinal, que se pretende patrocinar con el pluralismo teológico y frecuentemente apurar hasta el relativismo dogmático, que rebaja de diversas maneras la integridad de la fe. Y aún cuando no se le lleva hasta el relativismo dogmático, dicho pluralismo es considerado a veces como un legítimo locus theologicus, que permita tomar posiciones contra el magisterio auténtico del mismo romano pontífice y de la jerarquía episcopal, únicos intérpretes autorizados de la divina revelación contenida en la sagrada tradición y en la sagrada escritura.

Nos reconocemos un legítimo derecho de ciudadanía en la iglesia al pluralismo de investigación y de pensamiento, que investiga y expone de diversas formas el dogma, pero sin eliminar su idéntico significado objetivo: esto es un componente natural de la catolicidad y un signo de riqueza cultural y de compromiso personal para cuantos pertenecen a la Iglesia. Reconocemos también los valores inestimables que aporta en el campo de la espiritualidad cristiana, de las instituciones eclesiales y religiosas. Así como en el campo de las expresiones litúrgicas y de las normas disciplinarias; valores que confluyen en aquella variedad que tiende hacia la unidad, que demuestra de manera más rica la catolicidad de la Iglesia indivisa.

Más aún, admitimos que un equilibrado pluralismo teológico tiene fundamento en el mismo misterio de Cristo, cuyas inescrutables riquezas sobrepasan las capacidades expresivas de todas las épocas y de todas las culturas.

Por tanto, la doctrina de la fe, que deriva necesariamente de aquel misterio —puesto que en orden a la salvación no hay otro misterio de Dios que el de Cristo— reclama investigaciones siempre nuevas. En realidad, las facetas de la palabra de Dios son tantas y tantas son las perspectivas de los fieles que las exploran, que la convergencia en la misma fe no está nunca inmune de pe-